

escribe Jomo Kenyatta



FACING MOUNT KENYA
THE TRIBAL LIFE OF THE
GIKUYU

Jomo Kenyatta

Edic. Secker and Warburg
London, 1959.

Prefacio (extracto)

Como cualquier otro joven gikuyu, yo adquirí la educación liberal de mi pueblo; pero mientras vivía entre mis gentes, no necesité poner por escrito estas enseñanzas...

La historia y cultura del pueblo gikuyu se transmite verbalmente de generación en generación. Como gikuyu, yo mismo la he conservado durante muchos años con ayuda de la sola memoria.

Mi abuelo y mi padre fueron polígamos; yo he nacido dentro de una monarquía familiar, con todos los grados y relaciones que la caracterizan entre nosotros... He participado en las actividades de mi grupo de edad (1) y fui escogido como su "leader". Después, a través de mis conocimientos del mundo exterior, yo llegué a tomar parte en los movimientos progresivos gikuyus...

Mi abuelo era mágico, y yo viajaba con él, llevándole sus utensilios y sirviéndole en las funciones de su arte...

Yo puedo hablar en representación de mi pueblo, con personal experiencia acerca de todos los aspectos de su vida...

(1) "Age-grup", en inglés, grupo constituido por personas de edad similar.

El país de los gikuyu o kikuyu, como acostumbra denominar los europeos, se encuentra en la parte central de Kenya. Su población es aproximadamente de dos millones. Su sistema económico se fundamenta en la agricultura.

Escalones comunales (pág. 1)

Son tres los factores más importantes en los que se basa la organización tribal de los gikuyus y sin los cuales no cabría armonía en las actividades tribales. El primero es el *grupo familiar*, en el que se reúnen todos aquellos que participan de una sangre común: marido, esposa o esposas, hijos y abuelos. El segundo es el *clan* (moherega) que une en un mismo grupo a varias familias emparentadas desde tiempos remotos y poseen un nombre común. Es obvio que, merced al sistema poligámico, la familia se incrementa rápidamente y en una generación es posible que una misma familia llegue a tener cien o más miembros. De este modo, en pocas generaciones, resulta imposible mantener la unión del grupo familiar, debido al elevado número de personas que lo componen.

Entonces, cuando la identidad de sangre se atenúa o desaparece, el lazo familiar es sustituido, la "moherega". Este nuevo vínculo mantiene unidos en un mismo clan a todas las personas que proceden de un tronco común, y que tienen comunidad de intereses y de sentimientos. La perpetuación de esta comunidad se consigue a través de las reuniones mantenidas con ocasión de acontecimientos tales como bodas y ceremonias de circuncisión o iniciación. Con tal ocasión los viejos traen consigo a un joven miembro de cada una de las respectivas familias o "mbaris" para ser informados cumplidamente acerca de sus linajes y lazos dentro del clan. De este modo, cuando los jóvenes tienen que constituir su propia "mbari", están en condiciones de asumir tal responsabilidad y al mismo tiempo de seguir la correcta línea de sus mayores en la promoción de la unidad de la "moherega" o clan.

El tercer factor que fundamenta la unidad de la sociedad gikuyu es el sistema de grupos de edad ("riika"); estos grupos actúan independientemente dentro de la "moherega", pero colaboran fuertemente a su unidad y solidez.

Cada año cientos de jóvenes de ambos sexos, a través de las ceremonias de circuncisión e iniciación, son automáticamente promovidos a sus respectivos escalones de agrupación por edad. Este acto es uno de los que contribuyen también más fuertemente a fomentar la fraternidad dentro de los respectivos grupos de ambos sexos.

La familia (pág. 8)

La sociedad gikuyu está organizada y funciona según el sistema "patrilineal". El padre, cabeza de familia, es llamado "baba" (mi padre) o "ithe", su padre de él o "thogo", tu padre. El padre es la suprema autoridad de la familia. La madre es llamada "maito"—mi o nuestra madre—, "nyna" su madre de él o ella, o "nyokwa"—tu madre—. El término "madre" es considerado como un honorífico título, del cual se precia excepcionalmente la mujer gikuyu. Cuando una mujer alcanza la maternidad, es altamente respetada por sus hijos y vecinos.

En la familia gikuyu, especialmente cuando no hay más que una sola esposa, la madre es la inmediata cabeza de familia después del padre.

Las relaciones entre las esposas son las que se derivan de su condición de compañeras en la colectiva posesión del esposo y no las de copertenencia a su propiedad de bienes. Las

esposas se dirigen unas a otras con el título de "moiru wakwa"—mi compañera o co-esposa—. Cada esposa es casi materialmente independiente de las otras. La esposa primera no tiene autoridad sobre las demás, pero es particularmente respetada, como mayor de edad. Su principal misión en la economía doméstica es dirigir los asuntos religiosos y ceremonias del grupo familiar. Pero realiza trabajos materiales como las otras, de acuerdo con la distribución que se haya acordado. A su vez, los hijos de las diversas esposas se llaman entre sí "moro wa maito", hijo de nuestra madre.

Si un esposo muere sin sucesión masculina, su familia o grupo se desintegra; éste es uno de los sucesos que más teme el pueblo gikuyu y se puede decir que es también uno de los principales factores que fundamentan el sistema poligámico.

La tradición tribal exige que el matrimonio, con cada esposa, tenga, por lo menos, cuatro hijos, dos niños y dos niñas. El deseo de tener hijos está profundamente enraizado en los corazones de hombres y mujeres gikuyu.

Hay la idea de que una familia numerosa es una familia feliz. En la sociedad gikuyu la cualificación para la pertenencia a un determinado nivel de la vida tribal se desprende de la cualificación familiar y no de la propiedad, como sucede en la sociedad europea. Se considera que un hombre que es capaz de dirigir la administración de una extensa familia está por ello capacitado para administrar los intereses de la tribu.

Al cabo del primer año de matrimonio, la esposa suele plantear al esposo la cuestión: "Mi esposo: ¿no crees que eres suficiente sabio como para conseguirme una compañera? Mira cuál es nuestra situación ahora: estoy segura que la bondad de Dios permitirá que tengamos un hermoso y sano hijo. Voy a estar débil. No podré ir al río por agua, ni al campo para traer alimentos; no podré regar nuestras flores. Entonces, no tendrás quien cocine para ti, ni quien entretenga a nuestras visitas. Necesito una compañera. Yo no dudo que tú sabrás realizar acertadamente la elección. ¿Qué piensas, por ejemplo, de la hija de X? Es bonita y trabajadora. La gente habla muy bien de su familia..."

En el hogar poligámico el marido tiene su propia choza, en la que recibe a amigos y visitantes. Cada esposa tiene también una choza ("thingira") donde habita y guarda sus objetos personales y hace la comida. Mientras que la propiedad colectiva de bienes es un principio fundamental del grupo familiar, la "thingira", en cambio, es considerada como propiedad privada de la esposa y permanece enteramente bajo su control. Cada esposa es provista con varios lotes de terreno, en diferentes lugares, dentro de los límites de la propiedad familiar. El trabajo del terreno es una operación colectiva; al hombre le corresponde la labor de desembrozar y limpiar el suelo virgen y las mujeres vienen detrás es-

cardando y sembrando. Cada esposa puede vender algún producto para comprar cosas de uso personal.

Sistema de gobierno (pág. 186)

El sistema de gobierno gikuyu, antes del advenimiento de los europeos, estaba basado en verdaderos principios democráticos.

Desde tiempo inmemorial, estos principios se resumen así:

1. Libertad para que el pueblo pueda adquirir y cultivar terrenos bajo el régimen de propiedad familiar.
2. Pertenencia universal a la tribu, basada en la madurez personal y no en la propiedad. Por esta razón, cada miembro de la comunidad, después de ser circuncidado, como signo de madurez, debe tomar parte activa en el gobierno de los intereses públicos.
3. Socialmente todo hombre circuncidado y toda mujer iniciada son igualmente miembros de la tribu.
4. El gobierno debe estar en manos del concilio de ancianos (kiama), escogidos de entre los miembros de la comunidad que han alcanzado la edad conveniente y están retirados de la condición de guerreros.
5. Todo hombre entre los dieciocho y los cuarenta años debe incorporarse a la clase de los guerreros ("anake") y estar preparado para defender el país.
6. En tiempo de necesidad, el Gobierno debe pedir al pueblo que contribuya por rotación a proveer de ovejas, chivos y ganado en general, para los sacrificios nacionales y ceremonias ordenadas a impetrar por el bien público.
7. Para conservar el espíritu de gobierno democrático y prevenir cualquier tendencia al gobierno despótico, se exigen cambios periódicos y rotación en la distribución de los cargos públicos. Con este fin, la comunidad se divide en dos categorías: "wangi" y "maina". La pertenencia a una u otra clase viene determinada por nacimiento; si los miembros de una generación es "wangi", sus hijos son "maina". De este modo, cuando la generación "wangi" ha cumplido treinta o cuarenta años en el Gobierno, está ya preparada la siguiente generación (hijos de los actuales "maina") para tomar las riendas del poder.
8. Para pertenecer al consejo de ancianos o detentar responsabilidades tribales, el hombre debe haberse casado y poseer su propio hogar. En ese momento es requerido para unirse al consejo o "kiama". Paga el tributo de un cabrito u oveja y pasa a pertenecer al consejo con el nombre de "matimu", que significa detentador de lanza. Aún no

es un "mayor", sino un iniciado que actúa como mensajero del consejo. El próximo grado es el de consejero de paz y se alcanza cuando el hombre tiene un hijo o hija en edad para ser circuncidado o cliptorizada, respectivamente.

La choza (pág. 76)

Es común deseo de todo joven gikuyu llegar a tener su propia choza o chozas, lo cual significa implícitamente poseer una o varias esposas.

El establecimiento del hogar da al hombre un especial estatus en la comunidad. Hay un proverbio gikuyu que dice: "La calidad de un hombre se deduce de la de su propia casa."

Toda casa gikuyu es de planta circular, con cerramientos de madera y techado de paja. La construcción de la choza se realiza en un día, y tan pronto como está terminada se enciende el fuego sagrado en su interior. En caso de que el marido posea varias esposas, se construye una choza para cada una. Pero, en general, la costumbre requiere que aún el marido de una sola esposa, debe construir dos chozas: la suya propia y la de la mujer.

Pocos días antes de iniciarse la construcción, se reúnen los materiales necesarios. El hombre se encarga de cortar las maderas en el bosque y la mujer de recoger pajas y otros materiales ligeros.

Cuando la familia tiene preparadas todas las cosas, el hombre recorre las chozas vecinas pidiendo ayuda y explicando el tipo de construcción que desea hacer y los materiales que él necesita para la misma. Otro tanto hace la esposa o esposas con sus amigas. Quienes no pueden tomar parte en la construcción y provisión de materiales son requeridos para que colaboren con alimentos y bebidas para la fiesta de los constructores o "irugaría mwaco".

Es evidente que sin tal sistema de trabajo en equipo, la construcción exigiría mucho tiempo, en especial porque se trata de una comunidad donde se desconoce el régimen de trabajo asalariado.

Recogidos los materiales, el cabeza de familia escoge la parcela donde desea construir su casa. Dicho terreno se procura que no sea cruzado por posibles torrenteras o que haya sido lugar de batalla con pérdida de vidas y siempre que proceda de una adquisición legal.

Después de una ceremonia se realiza el trazado del basamento circular con ayuda de una cuerda. A continuación, comienza la excavación. Luego se marcan dentro del círculo las divisiones de las habitaciones. Inmediatamente después se levantan las paredes y finalmente el techo.

Mientras las mujeres se entretienen tejiendo la trama de paja para el techo, los hombres comienzan la fiesta. Durante ésta, los hombres cantan temas relativos a la construcción

y en algunas de sus estrofas se dirigen a las mujeres: "Mirad a esas perezosas que están trabajando como camaleones; el sol está cayendo. ¿Queréis que os hagamos antorchas? Daros prisa en venir a la fiesta y todos juntos vamos a bendecir el nuevo hogar, antes de que venga la noche." A esto contestan las mujeres a coro: "Vosotros, hombres, desconocéis el más importante arte de la construcción, el de bardar (tejer). Unos muros y unas techumbres sin cubrir no pueden protegeros de las lluvias, ni del sol abrasador. Este es nuestro trabajo: hacer un hogar acogedor. No somos camaleones, sino que tejemos para nuestras cabañas como el "nyoni" (un pájaro muy conocido por la dulzura de sus canciones y la limpieza de su nido).

La cabaña de la mujer tiene el fuego en el centro; hay unos seis pasos desde la entrada hasta el lar (lugar del fuego). El techo se apoya en el muro perimetral e interiormente sobre unos puntales equidistantes del centro. Estos cumplen un doble propósito; además de soportes, sirven para sujeción de los tabiques de compartimentación. Las características de los locales que componen la choza dependen de las necesidades de su ocupante; el dormitorio es esencial y no lo es menos un almacén cerca de la puerta de entrada. Una hija debe vivir en la misma cabaña que la madre y su habitación suele estar situada cerca del almacén; además, está encargada del cuidado de uno o dos animales (oveja o cabrito) para engordar, que se encierran en un compartimiento que se encuentra al lado derecho de la entrada de la choza. Estas piezas ocupan la sección derecha del círculo, dejando libre solamente el centro para el lugar del fuego. A la izquierda queda un espacio libre donde por la noche se guarda a los animales.

La choza del marido es parecida a la de la esposa, pero aún es más simple; sólo tiene un tabique y a veces ninguno. La división se usa únicamente para separar el dormitorio del lugar del fuego; el resto del espacio permanece abierto, con objeto de proveer amplio acomodo para las reuniones familiares y recepción de visitas.

Conclusión (pág. 309)

Concluyo este estudio queriendo subrayar que los diversos aspectos de la vida y costumbres de mi pueblo constituyen las partes de una cultura integrada: cada una tiene su contacto y comprensión en su relación con las otras. La clave de nuestra cultura es el sistema tribal y las bases de éste lo constituyen la familia y los grupos de edad. De acuerdo con nuestra organización social, nadie es un individuo aislado; la individualidad es un hecho secundario. Las necesidades personales físicas y psicológicas se satisfacen incidentalmente, en tanto que el individuo realiza sus obligaciones como miembro de la familia o del grupo y no pueden cumplirse de otro modo.

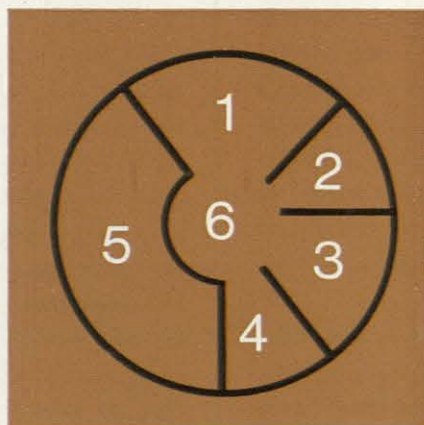


Edificio de la Presidencia. Nuevos edificios para una sociedad nueva.

Esta vital realidad del grupo familiar es algo que los europeos deben asimilar si desean comprender la estructura de la sociedad gikuyu.

Por ejemplo, que la tribu como grupo organizado de individuos es diferente de una

nación occidental. El gikuyu no considera a su tribu como un grupo de individuos organizados colectivamente, porque ni él mismo se considera como una unidad social. La tribu, para él, es más bien una familia extendida por el proceso de crecimiento natural.



1	CAMA DE LA ESPOSA
2	ALMACÉN
3	CAMA DE LA HIJA
4	ANIMALES PARA ENGORDAR
5	LOCAL PARA DORMIR ANIMALES
6	FUEGO

Vista de un poblado africano.



Son realmente bellas las tradiciones del pueblo gikuyu que Mr. Kenyatta acaba de describir tan poéticamente. Ellas implican una raíz cultural y religiosa bien distinta de la nuestra. Nos sorprende, por ejemplo, la sencilla conversación con que la esposa plantea a su marido un asunto absurdo entre nosotros; disfrutamos igualmente imaginando al grupo de mujeres, laboriosas como el pájaro nyoni, tejiendo la techumbre de la nueva choza, en un atardecer tropical, mientras que los hombres celebran alegremente la "puesta de bandera".

No es extraño que, a su vez, Mr. Kenyatta acuse a los europeos de no haber entendido a su pueblo, porque verdaderamente pertenecemos a dos corrientes culturales cuya conjunción se remonta probablemente a los bellos tiempos del Edén.

En las tradiciones africanas existen valores esenciales que no deberían perderse en la ardua carrera que estos pueblos han emprendido para incorporarse a la corriente de la Sociedad Moderna. Todo lo referente a su fuerte tradición familiar y de clan constituye aportaciones sustanciales para la construcción de un pueblo moderno. Lamentablemente la cultura occidental se encuentra demasiado degradada en tales aspectos.

También es cierto, por otra parte, que el Cristianismo nos ha dado unas formas mentales que usamos con la convicción de verdades axiomáticas, pero que son en cambio absolutamente desconocidas en las tradiciones africanas; concretamente nos sorprende la situación social de la mujer.

Es necesario subrayar que no obstante la delicada descripción que Mr. Jomo Kenyatta hace del hogar africano, la figura de la mujer gikuyu se encuentra extraordinariamente desdibujada al lado del vigoroso perfil masculino. El respeto que indudablemente se la profesa, es compatible con cierta devaluación humana. Y también parece cierto que entre las motivaciones de la poligamia no deja de ser una razón de peso el valor utilitario de la mujer como "factor" de producción.

Entre nosotros, quizá también irrazonablemente, una familia con numerosas hijas es habitualmente considerada como un arduo "problema de colocación". No sucede así en la familia africana; cuando una joven se casa, el marido debe pagar por ella una cierta dote. De esta suerte, un padre con varias hijas

se considera con vejez asegurada, en particular cuando salen chicas fortachonas y hacendosas. Yo he asistido en Kisumu a la boda de un amigo africano, cuya mujer le había costado 5.000 chelines, cantidad respetable, pero no excesiva, si se consideran las buenas prendas *ad hoc* de la joven. Pero las cosas están cambiando indudablemente; los jóvenes educados actualmente en el sistema cristiano, ven a la mujer en mayor régimen de paridad. Por lo demás, el balance de la sociedad gikuyu—típica entre los pueblos africanos—es altamente positivo. Y es posible efectivamente, como Mr. Kenyatta sugiere, que los cultos pueblos europeos tengan en ella mucho que aprender o quizá mejor, mucho que recordar de lo que han sido en otras épocas menos civilizadas.

El interés que para nosotros representa el examen de las sociedades africanas en evolución hacia nuestras formas culturales radica, a mi juicio, en el hecho de que nos ofrecen la estupenda oportunidad de rememorar con visión retrospectiva lo que hemos sido antes de la Revolución Industrial. Con una indudable y esencial diferencia, desde luego: que estos pueblos que ahora surgen de una bruma primitiva cubrirán las etapas que median entre dos épocas muy remotas para nosotros, con la rapidez que ahora permiten los nuevos sistemas de acción. Además, ellos van a cambiar radicalmente el curso de su marcha, para tomar un nuevo tren de vida, estacionado en la vía de la Cultura Occidental.

Observar a estos pueblos en sus movimientos es lo mismo que observar—con todas las indudables salvedades—el álbum familiar de nuestros antepasados. Con una fácil visión providencial, podremos verles cometer casi todos nuestros mismos errores y quizá tengamos la oportunidad también de intuir las primeras motivaciones que han llevado a nuestra Sociedad Occidental hacia finales en fondo de saco, por derroteros sociales y físicos que ahora repudiamos muy sinceramente.

Deploro que estas líneas resulten tan mal agoreras y especialmente lamento su brutal contraste con la bella esperanza que se desprende del siguiente párrafo, tomado de un documento oficial del Gobierno de Kenya (1):

(1) African Socialism and its Applications to Planning in Kenya. Este documento será extractado en otro artículo de este mismo número.

Vivienda modernizada con planta cuadrada. La "unidad de habitación" de la izquierda pertenece al padre, y la otra al resto de la familia.



"La habilidad de Africa para alcanzar los avanzados conocimientos tecnológicos, modernos métodos de organización industrial y técnicas económicas de control y dirección de los países más desarrollados, permitirá evitar los obstáculos que en el pasado han constreñido el desenvolvimiento de estas modernas sociedades. Esto significa que el Socialismo africano se puede beneficiar de los errores cometidos por otros pueblos."

Los errores que lamentamos en la conformación física de nuestras ciudades y medios rurales, las lacras de nuestra sociedad clasista, no son probablemente debidos únicamente a la torpe ceguera de nuestros mayores. La proletarización del artesanado, que desfiguró la faz de las equilibradas comunidades urbanas medievales, fué una lepra debida, no cabe duda, al pecado social de unos sectores privilegiados. Pero por las trazas y pese a tales experiencias, no parece que el "neocapitalismo" que se sirve de afortunados detentadores de Cadillac privado o de funcionarios estatales enchaquetados con muy mal gusto, repetimos, no parece más afortunado en la solución de los mismos problemas en las nuevas naciones.

Examinadas las cosas serenamente, y sin prejuicios,

hemos de convenir en que las torpezas ocurridas en tiempo de nuestros mayores no les son propiamente imputables, por lo menos a título personal, ni generacional siquiera.

Recordemos a uno de nuestros clásicos:

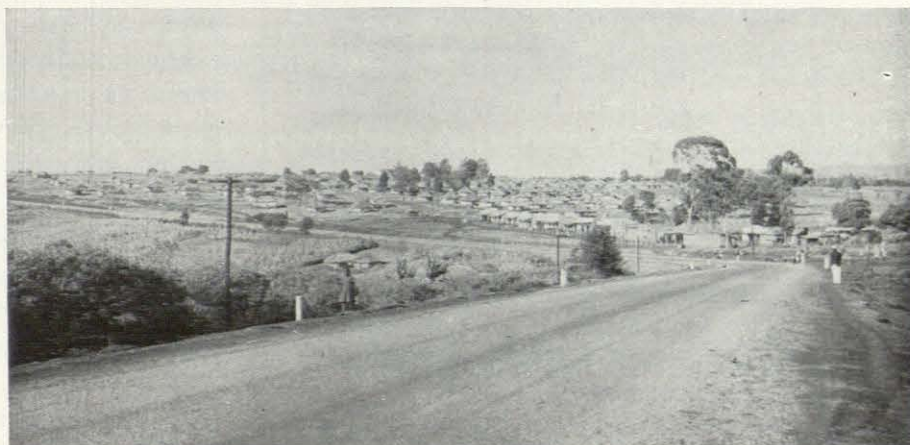
—¿Quién mató al comendador?

—Fuenteovejuna, señor.

La cultura occidental, que hoy está convirtiéndose en rectora del mundo, comenzó siendo, como todas las demás culturas, el trabado efecto de un régimen milenario de interrelaciones físico-humanas. Pero a diferencia de la mayor parte de ellas, en nuestra cultura la inteligencia ha ido progresivamente dominando sobre las circunstancias naturales, hasta anular físicamente sus efectos, mediante el asombroso montaje material que denominamos *civilización*. Hoy nos envuelve casi plenamente un entorno de creación intelectual.

La civilización material fué ángel o monstruo, según los casos; pero en la mayor parte de ellos ha sido como un personaje de ficción novelesca que llega a adquirir personalidad y dinámica propias, al margen de la voluntad de su autor. Los procesos que inducen estados de opiniones o que regulan la mecánica económica, por ejemplo, no son en modo alguno arbi-

Un poblado africano. No es frecuente encontrarse con grupos tan numerosos. Habitualmente las cabañas se encuentran esparcidas. Los ingleses, en su lucha contra el "mau-mau", concentraron a la población para facilitar su control y defensa.



trarios. Parten de supuestos rigurosamente adaptados a las más crudas realidades. La Revolución Industrial difícilmente pudo haberse incubado fuera del sistema liberal empujado de capitalismo. Es bochornoso reconocer que dentro de un régimen monetario, el capital de inversión inicial tan solo resulte embalsable mediante la explotación de los débiles.

Cabe elegir únicamente entre el explotador privado o el público. El primero exige tan sólo unos recursos de pobreza e ignorancia a nivel de cacique local; el segundo método es mucho más ambicioso, pues se precisa nada menos que la "Revolución del proletariado", una especie de concentración nacional de indigencia, para su explotación a gran escala. Incluso cabe la prefabricación del proletariado cuando no se le encuentra en proporciones comerciales. Mao Tse-Tung, antes de llegar a establecer su gran empresa china, prefabricó al proletariado indispensable, desposeyendo a los campesinos de sus tierras e internándolos seguidamente en tediosas ciudades. En los regímenes de economía libre, la proletarización o masificación es un proceso más lento y sin violencias, pero no menos eficaz. Resulta incomprensible que Mao, poeta y filósofo, no haya reparado en el método. Basta disponer de un villorrio y mucho mejor si posee el rango de ciudad: unos cuantos luminosos, escarpates bien surtidos, espectáculos a elegir y varios ricos de muestra. Déjese reposar el combinado, con plena seguridad de que al cabo de cierto tiempo se habrá producido la sedimentación de "masa" suficiente como para iniciar el proceso de industrialización comarcal. Y, además, todos tan contentos.

Por los sistemas observables parece que Africa ha escogido el sistema liberal para la producción intensiva de sus "masas". Acaba de aparecer un informe de las Naciones Unidas que lo corrobora; el trabajo pertenece a la World Health Organization y se titula "El hombre y sus ciudades". He aquí algunos datos referentes al continente africano.

Yaounde, capital de Camarones, ha duplicado sobradamente su población en los últimos siete años; Conakry, capital de Guinea, la ha cuadruplicado en el mismo período; Accra, en Ghana; Dar el Salam, en Tanzania, y Luanda en Angola, han triplicado su censo en los últimos diez años. Con solo cincuenta años de existencia, Nairobi, en Kenya, ha llegado a ser la más importante ciudad entre El Cairo y Johannesburgo, con una población de 400.000 habitantes. Los expertos de la W. H. O. opinan en dicho informe que una de las razones más poderosas para el fabuloso crecimiento de las ciudades africanas es precisamente el ansia que la gente joven experimenta por escapar a las rígidas restricciones de la sociedad tribal y a las pesadas responsabilidades que ésta impone a la estructura familiar. Las últimas estadísticas de la ciudad de Nairobi confirman efectivamente esta hipótesis: la población africana de la capital está constituí-

da por una mayoría aplastante de hombres sin hogar propio. Se trata de jóvenes y hombres maduros que abandonaron a sus padres, esposas, para buscar libertad y alicientes en la vida urbana. "El cambio de vida que supone al trabajador rural o artesano su conversión en obrero industrial (si es tan afortunado que llega a serlo) causa tanto mal como la transición de la vivienda rural a las formas de alojamiento urbano."

Estas últimas palabras entrecomilladas del informe W. H. O., que tienen común aplicación a cualquier parte del mundo, resultan particularmente graves cuando describen una situación de los países africanos.

Si el masivo absentismo rural supone en los países de sólidas y tradicionales estructuras rurales un grave contratiempo para las personas desplazadas y para el equilibrio de todo el país, podemos bien imaginar la caótica situación a la que están abocados los pueblos africanos. Sus medios rurales son absolutamente vaciados de todo rastro de vida organizada, aunque sea elemental; quedan sólo unas pobres mujeres y unos cuantos famélicos niños. Los hombres, en su carrera hacia la ciudad, no han tenido tiempo a veces para cambiar siquiera la sábana de su estricto atuendo por unos pantalones.

En las ciudades africanas se está incubando un proletariado tan miserable como el producido en las ciudades europeas de la pasada centuria. La tradicional resignación y austeridad de estos pueblos no podrá evitar que el odio, el rencor y el espíritu de revancha se incuben razonablemente en sus corazones.

Afortunadamente el hecho no pasa inadvertido para las autoridades responsables; recientemente el viceministro de Planeamiento Económico y Desarrollo de Kenya declaró abiertamente: "La mayor parte de los problemas que se plantean en nuestras zonas rurales se derivan de su insuficiente estructura comunal; pero en las áreas urbanas los problemas son más concretos: falta de alojamiento, desempleo, prostitución y delincuencia juvenil, agrabados de día en día por la continua afluencia de más personas que llegan a la ciudad en busca de trabajo (2).

Semejante situación no es patrimonio de un país; desgraciadamente, los mismos problemas aparecen incluso con mayor gravedad en Accra, Conakry o cualquier otra ciudad africana sometida a un inflacionista proceso de crecimiento urbano que no puede ser asimilado por los recursos disponibles en sanidad, construcción, educación y promoción de puestos de trabajo, etc.

En el próximo artículo tendremos ocasión de conocer unos cuantos aspectos de un concreto programa de desarrollo netamente africano, en el que se trata de salir al paso de estos anárquicos efectos.

(2) Declaraciones publicadas por el diario *East Africa Standard*, de 3-VII-66.